

## VI Diálogo Presidencial - IDEA

### La identidad atlántica 4.0-5.0: aproximación de América Latina a los temas globales

16.11.21

**A**mérica Latina es una región de profundos contrastes.

América Latina es plural y definitivamente más que una América Latina, existen muchas Américas Latinas. Sin embargo, hay cuestiones que todos los países latinoamericanos tienen en común. La primera y principal, es que América Latina forma parte de Occidente.

Decir Occidente equivale a decir principios y valores compartidos. Decir Occidente es decir democracia, respeto a la ley, derechos humanos, instituciones fuertes, separación de poderes y otras muchas cosas que, en definitiva, forman parte del reconocimiento de la dignidad y los derechos de cualquier ser humano.

No hay duda de la identidad atlántica de América Latina, por su ubicación geográfica, pero no solo por ella. A pesar de que no debemos olvidar que se trata de un continente muy heterogéneo, de una mezcla de países de sistemas políticos muy diferentes, de democracias liberales y las dictaduras como lo es la de Nicolás Maduro en Venezuela, América Latina comparte los valores Occidentales, y es parte del mundo atlántico.

Yo soy un atlantista convencido porque creo que el pacto atlántico es más que un pacto militar. Es más que la OTAN. El Pacto atlántico también es un compromiso político, cultural o histórico para actuar juntos, los Estados Unidos, Europa y nuestros demás aliados.

En 2005, en un Informe sobre la OTAN publicado por la Fundación FAES que presido, propusimos transformar la ampliación de la OTAN e invitar a los países democráticos de América Latina, a Israel, Japón, Australia e India.

Porque la identidad atlántica no es sólo un concepto geográfico, si no uno basado en valores que son los que han fundamentado la mayor expansión de la libertad, de la prosperidad y de la democracia en toda la historia del mundo.

Por tanto, presentar esos valores y preservar lo que significan los valores atlánticos me parece una tarea crucial. Y en esta tarea tenemos que contar con América Latina.

Debemos ser conscientes de que vivimos en una crisis global, posiblemente la mayor crisis global desde el final de la Segunda Guerra Mundial que se ha producido en un cambio de época, aunque no solo por ella, y que este cambio de época está con un

impulsor decisivo - la revolución tecnológica- que va muy por delante de los sistemas políticos, económicos, sociales y culturales, incluido el de la democracia liberal. Supone un cambio enorme de condiciones de vida; todo está sujeto a la revolución y todo va a cambiar, aunque todavía no sabemos si nos va a ir mejor o peor que hasta ahora.

Sin embargo, hay muchas cosas que ya sabemos. Sabemos que el proceso de la humanidad de los últimos dos siglos no ha sido accidental, sino fruto de un sistema coherente de valores, ideas e ideales liberales e ilustrados- razón, ciencia, progreso, humanismo- que han guiado el desarrollo político, económico, social y ético de Occidente y que posteriormente se han extendido a otras partes del mundo con mayor o menor éxito.

Por eso hoy, en primer lugar, hay que dar sentido a una serie de incómodos cambios económicos y perturbadores acontecimientos políticos. Es una tarea titánica que se debe desarrollar en un contexto social poco atractivo, configurado por políticos ineficaces, escándalos frecuentes, medios de comunicación fragmentados y polarizados e irresponsables, movimientos populistas que lanzan recetas para charlatanes, creciente sospecha acerca de las élites y los expertos, brotes de violencia temibles, destrucción de empleo, aumento de la desigualdad.

La tarea es colosal, entre otras razones, porque las ideologías y políticas que nos sirvieron hace una generación se están volviendo cada vez menos aplicables a los problemas a que nos enfrentamos hoy en día.

Yo creo que en el mundo actual que se caracteriza por la confusión intelectual, el desorden y la corrección política, la virtud política está en la claridad moral y en la defensa de la solidez de las instituciones democráticas frente a las exigencias de los populistas.

La claridad moral implica muchas cosas: tener ideas, tener valores, tener coraje, defender las instituciones, respetar el principio de autoridad y asumir las responsabilidades. No tengo duda alguna de que deberemos afrontar con claridad moral, responsabilidad y valores liberales clásicos - el valor de la libertad, el valor de las instituciones, el valor del Estado de derecho, el valor de la libertad del individuo, el valor de la cooperación internacional- los desafíos y oportunidades para recuperar la credibilidad de la acción política.

Estoy de acuerdo con lo que suele decir mi amigo Mario Vargas Llosa, que el problema de América Latina era y es la confianza. O mejor dicho la desconfianza.

La desconfianza nace muchas veces de la incertidumbre que marca el día a día de los países latinoamericanos y de sus ciudadanos.

Los amantes de América Latina queremos una región en la que impere la seguridad jurídica y el Estado de Derecho, que genere confianza y sea fuerte económicamente, que deje atrás sus ancestrales miedos a los mercados abiertos y que tenga el ánimo suficiente para generar espacios que fortalezcan la consolidación de las clases media y ponga punto final a la pobreza.

Permitidme referirme brevemente a la revolución digital en marcha, que es uno de los asuntos que inspiran esta jornada, y a los retos y oportunidades que plantea para América Latina.

La digitalización es sin duda una de las grandes contingencias de este siglo y es la mayor revolución tecnológica que se ha conocido en la historia. Nunca el ser humano ha tenido tan grandes oportunidades. Pero nunca el ser humano ha sido tan vulnerable, tan manipulable. El conocimiento, la razón, la verdad, la realidad, todo está en riesgo en una revolución en la que algunos pretenden que los algoritmos sustituyan a la razón existencial, el ser humano.

También hay que decir que el potencial económico del mundo digital es incontestable. Se calcula que la economía digital representa cerca del 15% del PIB mundial, y para 2025 podría superar el 24%.

Ningún país del mundo es ajeno a esta realidad. El crecimiento y el potencial económico de los países dependen cada vez más de su capacidad de uso y aprovechamiento de las tecnologías digitales.

Hoy, la dinámica real del mundo es que las regiones que controlan la tecnología digital eliminan a las demás del tablero de juego. Dicho de otra manera, habrá en esta revolución claros ganadores y claros perdedores.

La pandemia que hemos vivido y vivimos ha acelerado todo ese proceso de transformación. Yo soy de los que cree que América Latina, que corre el riesgo de quedarse al margen, no puede quedarse el margen. No debe quedarse al margen y debe incorporarse plenamente a la digitalización, que es una tendencia global imparable.

La pandemia ha tenido un impacto económico sin precedentes en América Latina. Su PIB registró la mayor contracción de su historia, casi un 7%, muy por encima de la caída del resto de regiones económicas del mundo.

América Latina debe integrarse en el mundo digital, y debe hacerlo sobre la base de valores como la libertad, la pluralidad, la apertura, el libre comercio, y todo aquello que genera estabilidad, prosperidad y oportunidades para las personas.

Sabemos muy bien que nos movemos en un entorno internacional muy incierto e inestable, marcado por una gran competición creciente entre grandes potencias a la que subyacen intereses que van más allá de lo económico y que se adentran en el terreno de lo tecnológico y digital.

La competición evidente es la que se da entre Estados Unidos y China, que ya hace años se enzarzaron en una guerra comercial abierta y que también pelean por el dominio tecnológico mundial, de lo cual no están al margen otras grandes potencias globales.

El resultado de esa competición es incierto. Y no cabe excluir en esa competición la confrontación. Pero El resultado de esa competición nos dirá al final quien será la potencia dominante en esta era digital.

En este mundo de confrontación, de competencia, América Latina debe buscar su lugar como todos los demás en el mundo. Debe buscar su espacio de cooperación más natural y evidente que, para mí, es el Atlántico. Perder esto de vista sería un grave error con consecuencias de gran alcance.

Por eso es tan importante que los Estados Unidos y Europa, y dentro de éstos países relevantes para América Latina como España, hagan su trabajo y lo hagan bien. Que apuesten por reforzar el vínculo atlántico que nos une porque al fin y al cabo ese vínculo es la mayor garantía para la defensa de los valores democráticos de la libertad frente a las amenazas autoritarias y desestabilizadoras, frente a las tentaciones totalitarias que cada vez son más evidentes.

El año pasado, en el V Diálogo Presidencial aprobamos la Declaración de Madrid. Esa Declaración de Madrid terminaba con una exigencia muy grande, Latinoamérica ahora o nunca. Sigo apostando un año después porque sea ahora. Más tarde será imposible.